

# En los jardines\*

Pilar Gutiérrez Llano

Egresada del Taller de Escritores de la  
Universidad Central (TEUC)

Puede ser un sentimiento de identificación o de envidia lo que me mueve a mirar incesantemente a esa mujer que, desnuda, lee todas las mañanas antes de desayunar en su habitación. Sola, completamente sola, se come, acompañados con té, dos panes en forma de luna. Parece que alguien la atiende, pues nunca la veo moviéndose en función de su comida o de organizar su alcoba. No sé qué tan grande es la casa donde vive, pues desde mi cama sólo se ve su cuarto, donde ella, aparentemente, tiene todo su mundo. Mi marido nunca la mira como yo; simplemente dice: "Es una mujer muy bella". En cambio, yo la observo atenta y dejándome llevar por su pacífica soledad; siento ganas de preguntarle qué lee, pero me da vergüenza: notaría mi interés en sus gustos.

A esa mujer despojada de todo, la esperan siempre un par de zapatos negros de charol con hebillas doradas, que, pacientes y sin ansiedad, descansan sobre un tapetico gris de piel de nutria. Esos elegantes zapatos tienen que ir combinados con un vestido azul turquesa que siga las líneas de su cuerpo, un vestido suelto que no tenga botones, ni lazos, ni resortes, nada que apriete. Y de tela delgada, tersa y algo elástica, para que sea tan fácil de poner como de quitar. Con este atuendo recorre jardines, y respira, respira profundamente para llegar de nuevo fresca a su aposento.

Rodeada de un ambiente clásico desde su vajilla de flores azules hasta su peinado, esta mujer tiene vida propia y habitación propia, es

libre, no le rinde cuentas a nadie y refleja ese sosegado aire de los que no tienen que darle explicaciones a la humanidad.

Se basta sola con seguridad, habla varios idiomas y ha viajado por todos los continentes. Sí, no tengo que preguntárselo, pues hasta los almohadones sobre los que cómodamente se recuesta para leer no tienen las medidas ni la forma de nuestras almohadas, son estilo europeo, y no se arroja con cobijas de lana sino con un edredón de plumas de ganso que, cuando se levanta, se ve ligeramente suspendido en el aire.

- *Esos elegantes zapatos tienen que ir combinados con un vestido azul turquesa que siga las líneas de su cuerpo, un vestido suelto que no tenga botones, ni lazos, ni resortes, nada que apriete.*

\*Finalista en el Premio Internacional Letras de Oro, Buenos Aires.

•

Rodeada de un ambiente clásico desde su vajilla de flores azules hasta su peinado, esta mujer tiene vida propia y habitación propia, es libre, no le rinde cuentas a nadie y refleja ese sosegado aire de los que no tienen que darle explicaciones a la humanidad.

•

Nunca la he visto mirando, como yo, desde su cama; ella vive su vida. ¿Y el amor? Tiene que estar en alguna parte, pero no el amor a la vida, sino el que sentimos por otro. Ese amor está presente en las pocas cosas que la rodean y en su desnudez, lo mismo que en las rosas rojas que veo sobre la mesa y en su pelo negro, suave, recogido cuidadosamente con una peineta de brillantes. Envidio también ese amor, el que respeta su silencio y su soledad, el que se encuentra con ella en los jardines y la llena de esa calma necesaria para vivir en un mundo que va a otro ritmo.

La música que con cuidado pone no la escucho, pero la conozco, es clásica y lenta.

Le he querido preguntar también cuáles compositores le gustan y cuáles directores prefiere, pero me sobrecoge de nuevo la vergüenza.

Mientras ella tranquila, en las mañanas, lee sus libros, yo me arreglo de afán para ir a la oficina y cumplirle la cita a un cliente que con certeza no comprará mis productos. Me pregunto si este afán tiene sentido o si lo que necesito es la pasividad de esta mujer.

Hoy cumplo nueve años de mirar, frente a mi cama, ese óleo que, con sutileza, me habla entre susurros y alcanzo a oír: “Cuándo, cuándo”.

**hojas Universitarias.....**